

**SARMIENTO EN LA “GLOBALIZACIÓN”
DE SU TIEMPO, A TRAVÉS DE LA
EDUCACIÓN Y DEL PROGRESO**

Comunicación del académico Jorge Reinaldo Vanossi

Las ideas que se exponen en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores, y no reflejan necesariamente la opinión de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

ISSN: 0325-4763

Hecho el depósito legal

© Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas

Avenida Alvear 1711, P.B. - Tel. y fax 4811-2049

(1014) Buenos Aires - República Argentina

ancmyp@ancmyp.org.ar

www.ancmyp.org.ar

Se terminó de imprimir en Pablo Casamajor Ediciones (www.imagenimpresa.com.ar)
en el mes de junio de 2011.

**ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS
MORALES Y POLÍTICAS
JUNTA DIRECTIVA 2009 / 2010**

Presidente Académico Dr. JORGE REINALDO VANOSSI
Vicepresidente . . . Académico Dr. HUGO O. M. OBIGLIO
Secretario Académico Dr. FERNANDO N. BARRANCOS Y VEDIA
Tesorero Académico Dr. CARLOS PEDRO BLAQUIER
Prosecretario . . . Académico Embajador CARLOS ORTIZ DE ROZAS
Protesorero Académico Ing. MANUEL SOLANET

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Segundo V. LINARES QUINTANA..	03-08-76	Mariano Moreno
Dr. Horacio A. GARCÍA BELSUNCE	21-11-79	Rodolfo Rivarola
Dr. Alberto RODRÍGUEZ VARELA	28-07-82	Pedro E. Aramburu
Dr. Natalio R. BOTANA	11-07-84	Fray Mamerto Esquiú
Dr. Horacio SANGUINETTI	10-07-85	Julio A. Roca
Dr. Carlos A. FLORIA	22-04-87	Adolfo Bioy
Dr. Leonardo MC LEAN	22-04-87	Juan B. Justo
Monseñor Dr. Gustavo PONFERRADA..	22-04-87	Nicolás Avellaneda
Dr. Gerardo ANCAROLA.....	18-12-92	José Manuel Estrada
Dr. Gregorio BADENI	18-12-92	Juan Bautista Alberdi
Dr. Eduardo MARTIRÉ	18-12-92	Vicente Fidel López

Nómina	Fecha de nombramiento	Patrono
Dr. Isidoro J. RUIZ MORENO	18-12-92	Bernardino Rivadavia
Dr. Jorge R. VANOSI.....	18-12-92	Juan M. Gutiérrez
Dr. Hugo O. M. OBIGLIO	23-04-97	Miguel de Andrea
Dr. Alberto RODRÍGUEZ GALÁN	23-04-97	Manuel Belgrano
Dr. Fernando N. BARRANCOS Y VEDIA	28-04-99	Benjamín Gorostiaga
Dr. Dardo PÉREZ GUILHOU	28-04-99	José de San Martín
Dr. Juan R. AGUIRRE LANARI.....	27-11-02	Justo José de Urquiza
Dr. Bartolomé de VEDIA.....	27-11-02	Carlos Pellegrini
Sr. Jorge Emilio GALLARDO	14-04-04	Antonio Bermejo
Dr. René BALESTRA.....	14-09-05	Esteban Echeverría
Dr. Alberto DALLA VÍA	14-09-05	Félix Frías
Dr. Rosendo FRAGA	14-09-05	Cornelio Saavedra
Embajador Carlos ORTIZ DE ROZAS....	14-09-05	Ángel Gallardo
Dr. Mario Daniel SERRAFERO	14-09-05	José M. Paz
Dr. Juan Vicente SOLA.....	14-09-05	Deán Gregorio Funes
Dr. Carlos Pedro BLAQUIER.....	27-08-08	Nicolás Matienzo
Ing. Manuel SOLANET	27-08-08	Joaquín V. González
Dr. José Claudio ESCRIBANO	27-05-09	Domingo F. Sarmiento
Dr. Rodolfo Alejandro DÍAZ	14-04-10	Dalmacio Vélez Sarsfield
Dr. Santiago KOVADLOFF	14-04-10	Estanislao Zeballos
Dr. Vicente MASSOT	14-04-10	Fray Justo Santa María de Oro
Dr. Felipe DE LA BALZE	14-04-10	Bartolomé Mitre

ACADÉMICOS EMÉRITOS

Dr. Pedro J. FRÍAS
 Dr. Carlos María BIDEGAIN
 Dr. Miguel M. PADILLA

SARMIENTO EN LA “GLOBALIZACIÓN” DE SU TIEMPO, A TRAVÉS DE LA EDUCACIÓN Y DEL PROGRESO

por el académico DR. JORGE REINALDO VANOSI

I.

Si aplicamos a nuestro prócer la máxima de aquel pensador que decía que los hombres más grandes de una época son los que se anticipan a la siguiente, no tardaremos en comprobar que Sarmiento es uno de “los grandes” de América. Y su dimensión surge no sólo por la obra que realizó en el país, sino también por su permanente preocupación por sembrar el progreso en cada uno de los pueblos que conoció en su larga marcha de exiliado y de pionero. Si es que los espíritus se templan en la adversidad, el de Sarmiento adquirió el vigor de un titán, permitiéndole lanzar ante un medio ambiente desfavorable un cúmulo de iniciativas revolucionarias y progresistas de las que hoy nos podemos enorgullecer. Su concepción del futuro como un proceso de constante evolución hacia el progreso indefinido o indetenible, fue el ingrediente necesario que dio a su prédica los contornos épicos que la caracterizaron.

En determinados períodos históricos la genialidad y el talento surgen fulgurantes y se encarnan en hombres excepcionales

que, al anticipar su visión a la de su prójimo, configuran un ideal que perdura en el tiempo.

Sarmiento marcó una época en la historia argentina. Personificó nuevas ideas, nuevos designios, nuevos proyectos. Su férrea voluntad y su preclara inteligencia le permitieron actuar de tal manera, que la huella de su obra aún conserva hondura. Su pensamiento fue absorbido por sucesivas generaciones, tal su proyección. Inspirado por un ideal y legitimado por una genuina trascendencia, su quehacer cotidiano configuró un estilo de vida que, por su transparencia y rectitud, se cubre de gloria perpetua.

La magnitud de su genio se calcula por la extensión de sus realizaciones. Una barrera de obstáculos no impidió su victorioso accionar. Le tocó actuar en un escenario inconcebible, hostil, lleno de asechanzas. Sin embargo, sembró bibliotecas y escuelas; creó clases nocturnas para obreros, un instituto para sordomudos, un asilo para inmigrantes, laboratorios de física y de química, el Banco Nacional, el departamento de agricultura; construyó muelles, puertos y arsenales; alentó a sabios; fundó academias; abrió caminos.

Su firmeza de conducta le permitió perseguir siempre la excelencia, lo mejor, lo más alto. Se propuso volar, y voló. Su inflexible postura lo alejó de aquellos hombres que, acostumbrados a traicionar y a agraviar, son, en verdad, una escoria. Su personalidad, forjada en los sólidos principios orientadores de su acción, fue inquebrantable, ya que en todo momento se sobrepuso a cuantas contingencias intentaron minarla. Personificó la antítesis de la holgazanería, de la vacilación, de la duda. Como en todo hombre proyectado al futuro, la esperanza del progreso anidó siempre en su corazón y en su mente. Su afán de perfección fue permanente; por eso, su vida fue una continua brega por un ideal que iluminó su existencia: la educación popular. Concibió la vida humana como una constante gimnasia del cuerpo y del espíritu. Su energía creadora sepultó todo atisbo de abulia, de lentitud. Consideró a la

inacción y al desgano como virus que provocan la más vergonzosa de las enfermedades: la miseria moral.

Vibró en Sarmiento un grado tal de libre iniciativa y de aptitud para el trabajo, que nunca subordinó su espíritu a otros espíritus, ni persiguió la protección de aquellos que atan, que espían, que coaccionan. Su confianza en sí mismo lo alejó de caminos sinuosos que conducen al abismo. No se amparó en sombras, sino en el resplandor de la verdad. La fe en sus fuerzas morales y en su creatividad le permitió adelantarse a los demás. No se resignó a transitar senderos ya conocidos. Su alma inquieta se reflejó en cada nueva empresa por él acometida. Rebelde a toda rutina, dedicó su vida a corregir la injusticia, educar al pueblo, desarrollar la industria. Su espíritu ávido de renovación fue sinónimo de progreso, de cultura, de civilización. La idea de superación lo acompañó en cada momento. Al imprimir su conducta el sello inequívoco de su talla moral, demostró su carácter vital, carácter que, si desaparece, transforma al hombre en un parásito de la comunidad. Fue ejemplo de firmeza, de dignidad, de capacidad de acción. Por ello nunca se amilanó ante la coerción ajena, ni se marchitó en la penumbra de un rincón solitario. Como todo hombre digno pensó, quiso e hizo. Fue una fuerza viva cuyo ímpetu y energía le permitieron emprender proyectos ambiciosos.

Sus pensamientos ciclópeos le posibilitaron realizar una obra decisiva y fecunda. Por la educación pretendió elevar a sus congéneres; y por la civilización, humanizarlos. Su afán de aprender y su inquietud por enseñar guiaron los dictados de su conciencia. Como todo hombre extraordinario, miró más lejos que el resto. Fue modelo de lucidez y valentía. La fuerza de su pluma, alimentada por el desarraigo y el destierro, agitó a todo un continente. Su prosa conmueve, agrade, emociona. Cada palabra suya lleva en sí la furia de un mar embravecido. Al entrar en acción, siempre llevó como única antorcha su ideal de civilización. El porvenir fue invariablemente su objetivo; no el pasado, que para él no existía. Fue

un inquieto y un renovador. Con tal de acertar una vez, prefirió los riesgos de equivocarse cien. A diferencia de muchos espíritus apaciguados, el suyo aceptó la peligrosa función de innovar, de perfeccionar. Jamás envejeció, ya que el temor a las nuevas ideas y a los nuevos proyectos no anidó en su personalidad viril y temperamental; así, arremetió contra toda injusticia económica, contra todo privilegio político. Su esencia liberal lo llevó a aborrecer la hipocresía enquistada en los defensores del dogmatismo y del sectarismo.

¡El loco Sarmiento! He aquí la procaz expresión utilizada por pigmeos morales e intelectuales que pugnaron, vanamente, por minimizar su egregia persona. El pensador José Ingenieros, refiriéndose al gran educador argentino, manifestó: “Miró siempre hacia el porvenir, como si el pasado hubiera muerto a su espalda; el ayer no existía para él, frente al mañana. Los hombres y pueblos en decadencia viven acordándose de dónde vienen; los hombres geniales y los pueblos fuertes sólo necesitaban saber dónde van. Vivió inventando doctrinas o forjando instituciones, creando siempre, en continuo derroche de imaginación creadora. Nunca tuvo paciencias resignadas, ni esa imitativa mansedumbre del que se acomoda a las circunstancias para vegetar tranquilamente”. Sarmiento fue un paradigma de coraje, de talento, de personalidad, de probidad. Al igual que el águila, voló con enterezas y sin bifurcaciones. Sobre la base de su honor, dio forma a una conducta que le permitió conquistar algo que cada cual necesita del prójimo: respeto. Nunca se avergonzó de sí mismo dedicando su vida al servicio de la comunidad.

Arquetipo de visionario, de prócer, de estadista. Su conducta inflexible, su excelencia moral, su ética ejemplar, su permanente prédica de la verdad y de la justicia, hacen de Sarmiento la personificación suprema de un ideal: la permanente superación del hombre libre por la educación, para que pueda vivir sin claudicaciones, sin humillaciones, sin domesticar sus convicciones; en

definitiva, como un genuino perseguidor de metas nobles que va siempre por caminos rectos, sin reparar en que ellos sean ásperos y escabrosos.

Sarmiento fue, en síntesis, el símbolo de una pasión, que no fue otra que la consecución de una Argentina próspera, pujante y libre.

Sirve como muestra un episodio muy conocido: tuvo lugar –presuntamente en su despacho presidencial– y revela la clara y decidida política a seguir para que el país saliera del quietismo y activar los bríos del gran cambio que nos insertara en el concierto de las grandes naciones de la época. Fue a raíz de los resultados arrojados por el primer censo en el país, que lo hizo Sarmiento en el año 1869, a los 6 meses de asumir la presidencia. La escena en el despacho presidencial, al hacerse presente uno de sus colaboradores, que expresa:

—Permiso Señor Presidente: aquí tiene los datos del censo.

Sarmiento lee con atención un rubro que le resulta alarmante:

Población 1.830.000 habitantes

Analfabetos 87%

Llama a su secretario y le da la orden:

—Esta tarde habrá reunión de Gabinete de Ministros.

Al efectuarse ésta, Sarmiento dice:

—Señores Ministros:

Ante los primeros datos del censo voy a proclamar mi primera política de Estado por un siglo.

¡¡¡Escuelas, escuelas, escuelas!!!

Tal exclamación, bien enfática, no quedó reducida a palabras. En su gestión de gobierno, construyó 1.117 escuelas (una cada 2 días contando sábados y domingos); más la escuela naval; más el colegio militar; más la compra de la flota de mar; más rieles que eran más en longitud que la suma de todos los rieles de América; más el telégrafo a Chile; más el Código Civil redactado por Vélez Sarsfield, más el Banco Nacional (así se llamó al principio)...más...más...^{1*}. A la justa aseveración de Piccirilli en su biografía de Bernardino Rivadavia, cabe aplicar a los dos juntos –a Sarmiento y a Rivadavia– el dato trascendental que los argentinos “desde antes de su nacimiento hasta después de su muerte” transitan por instituciones creadas por aquellos dos estadistas.

II.

Todo Bicentenario es una fecha para la reflexión y en esta ocasión invita en modo particular a pensar en los hombres que animaron entonces la vida argentina y que se prodigaron para realizar la organización nacional con las miras en el progreso de su sociedad. Los arquetipos políticos, se pueden clasificar en tres tipos: los **desorganizadores**, los **retardatarios** y los **organizadores** o **constructores**, ubicando en este último, a Urquiza, Mitre y Sarmiento. Los primeros fueron dos espadas al servicio de la institucionalización del país. Sarmiento fue el pensamiento y la palabra sumada a la acción, pero todos ellos al servicio del orden constitucional. Alimentaban una especie de energía vital para la transformación

¹ * En carta de fecha 7/1/1867, desde Southampton, Rosas le expresa a Josefa Sánchez, lo siguiente: “...En cuanto, a las clases pobres, la educación compulsoria, me parece perjudicial y tiránica. Se le quita el tiempo de aprender y buscar el sustento de ayudar a la miseria de sus padres. Su físico no se robustece para el trabajo, se fomenta en ellos, la idea de goces que no han de satisfacer y se les prepara para la vagancia y el crimen”... (Confr. “Cartas del Exilio, 1853-1875” (Ed. R. Alonso, Bs. As., 1974).

de la Nación y su desarrollo creciente para dejar atrás la agitada vida política que la sumía en el atraso y la postración.

El modelo argentino de Sarmiento estaba inspirado en las ideas de la generación del 37. Ese modelo argentino buscaba la Constitución viable que permitiera cambiar el estado de cosas. Población frente a un desierto, la utilización del poder para crear las condiciones de riqueza con la infraestructura y capitalización: todo estaba por hacer. Sarmiento hizo posible la coexistencia generacional con la democracia de Echeverría, el federalismo definitivo de Mitre (1860), el presidencialismo de Alberdi y la educación que él impulsó de modo extraordinario.

Estos hombres meditaron sobre el estado y la sociedad. ¿Qué tipo de estado necesitamos? Ello preocupó a Sarmiento y sus “Comentarios a la Constitución Nacional” son una de las primeras obras sobre el tema que enriquece el derecho constitucional argentino. La Constitución de EE.UU. había acreditado 70 años de funcionamiento y era necesario vertebrar una sociedad argentina frustrada, en un sistema donde la noción de la libertad era la razón de ser y existir. Es el ideal más alto y más firme que exhibe el pueblo argentino. Esos principios constitucionales estaban basados en la legitimidad de un régimen, la legalidad y eficiencia de un poder y en la libertad de una sociedad. Tenían una síntesis: la creencia ilimitada en el progreso; la fe en la transformación y rápida grandeza de la Nación y la ubicación de la Argentina en el concierto universal. No debemos olvidar su vocación constitucional. Sus polémicas con Alberdi y la primera obra escrita al poco tiempo de sancionada la Constitución.

Recordemos que el 27 de agosto de 1855 había sido designado como profesor de Derecho Constitucional del antiguo Departamento de Jurisprudencia, hoy Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires; habiendo sido el primer titular de esa Cátedra; y habiéndose desempeñado como Constituyente en la reforma de 1860.

La Argentina comienza a apartarse del modelo exitoso cuando promediando la década de los años 20, a partir de Lugones surge el odio a la democracia constitucional, donde la Constitución ha cohabitado con distintos protagonistas: constitucionales, contestatarios y desleales (elitistas y populistas); grupos de presión, de tensión y subversivos; y factores de contrapoderes.

La figura multifacética de Sarmiento dejó la sensación y convicción de la necesidad de recuperar los valores morales que él lucía y de afirmar los principios políticos de libertad, responsabilidad y progreso con los que su generación construyó el futuro.

III.

Sin duda que enraizó muy hondo en la vida del país hermano, Chile, demasiado hondo como para poder caer en el olvido: allí fue minero, maestro de escuela, traductor, procurador, docente, periodista y sobre todo escritor. Volcó toda su iniciativa creadora en la realización de innumerables obras de bien público: construcción de escuelas, planes de educación, nuevos periódicos, mejoras edilicias, colonización del sur, obras de irrigación, cultivos intensivos, fomento de las industrias, transporte, etc., etc., y todo cuanto un estadista puede proyectar para mejorar la sociedad en que vive.

Por medio de la pluma, su mejor herramienta, fue elaborando sus puntos de vista en torno a los más variados problemas. Es en Chile donde ven la luz Facundo (1845), Viajes, Educación Popular (1849), Recuerdos de Provincia y Argirópolis (1850), entre otras. Y fue también allí donde mantuvo con otro gran argentino, Alberdi, áspero embate en torno a la forma de la Organización Nacional.

Volvió a la política argentina después de Caseros: de esa manera nacieron “Las Ciento y Una”, y luego los “Comentarios sobre la Constitución” (1854). En el periodismo colaboró en “El Mercurio” y en “El Progreso”, fundó “El Heraldo Argentino”, “La Crónica” y el semanario “Sud América”. En el aspecto educativo –su gran misión– además de escribir “Educación Popular” (1849) y “Educación Común” (1855), tuvo a su cargo el Liceo, cuyo plan de estudios preparó junto con Vicente Fidel López. Fue además director de la Escuela Normal, instituto que no tuvo precedentes en América, como bien observa Ricardo Rojas. También publicó una cartilla y silabario, con la que aprendieron a leer millares de niños chilenos; una “memoria sobre la reforma de la ortografía”, que le valió ser designado miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades; y finalmente un malogrado “Proyecto de Ley de Educación primaria”, que el Presidente Montt envió al Congreso para su sanción.

En Chile, sarmiento obtuvo el apoyo moral y material que su prédica reclamaba. Gracias a la comprensión de sus amigos pudo viajar comisionado a Europa y los EE.UU. donde ensanchó el margen de sus conocimientos y se documentó sobre los últimos avances del progreso. También en esa patria adoptiva fue donde tuvo los días de mayor felicidad hogareña, compartiéndolos en la Quinta de Yungay con sus más íntimos familiares. El pueblo y el gobierno de Chile le quedaron eternamente agradecidos por sus servicios: él mismo recogerá esas expresiones de afecto en 1864, al pasar en viaje hacia EE.UU. adonde va como embajador del Presidente Mitre. La ocasión favorece su reconciliación con los contrincantes y polemistas de antaño, con Vicuña Mackenna y Andrés Bello entre otros. Y es en ese preciso momento cuando España ataca con su escuadra las islas Chinchas del Perú; y Chile se solidariza con el país hermano injustamente agredido. Entonces Sarmiento, que a la sazón se encontraba en Valparaíso, asume la defensa de la integridad de las naciones del continente en un célebre discurso que pronuncia ante el Presidente de Chile, D. Joaquín

Pérez, constituyendo ésta una página brillante del derecho internacional americano que mereció los elogios de Andrés Bello.

¡No! Rotundamente no. Todo el aporte de Sarmiento fue desinteresado. No se enriqueció ni comerció con el valor de su crédito personal. Por el contrario, rechazó reiterados ofrecimientos para hacerse ciudadano chileno e ingresar en la carrera política de ese país. En todo momento mantuvo la idea de volver a su Patria para realizar en ella todo lo que soñaba sin cesar. Sobre esto dijo en cierta oportunidad: “Denme patria donde me sea dado obrar y les prometo convertir en hechos cada sílaba y eso en poquísimos años”.

Hoy en Chile se habla y escribe sobre él en igual proporción que en nuestro país. Abundan biografías, citas y sus propias obras. No deja de evocárselo desde la cátedra, especialmente como maestro y como sociólogo. Hace medio siglo y con motivo de su sesquicentenario, tuvieron lugar numerosos actos recordatorios, entre los que figuraron la colocación de una placa en la Universidad, la edición chilena de “Recuerdos de Provincia”, la ubicación de la Quinta de Yungay y numerosas conferencias públicas. En esa programación participaron destacadas personalidades de la vida cultural de ese país, entre ellas D. Manuel Montt, nieto del presidente homónimo que fuera gran amigo y protector de nuestro prócer.

No menor fue el mérito de su doble aprendizaje en los Estados Unidos de Norteamérica: primero, en sus “viajes”, encomendado por Montt para acopiar el modelo educativo-popular de esa joven y pujante nación; y más tarde, como ministro argentino (hoy denominado Embajador) en Washington, durante la presidencia de Mitre. Sarmiento y Alvear fueron los dos presidentes que resultaron elegidos sin necesidad de su presencia física en los escenarios de la puja electoral; y, sin embargo, interpretaron y realizaron gestiones de difícil parangón en el proceso del desarrollo nacional. El prestigio suplía cualquier afán o requerimiento de popularidad. Gozaban de la **seniority** (sic).

IV.

Cuando una generación siente que la “mediocracia” de poca laya aniquila todo afán de perfección, tiene que buscar en los hombres de genio los símbolos de inteligencia y voluntad que la templen para nuevos esfuerzos tendientes a sepultar el clima soporífero imperante. Cuando una generación siente un hartazgo enervante de chatura intelectual, de doblez moral, de servilismo apabullante, debe inexorablemente buscar con ahínco aquellos ejemplos que apuntalan el perfeccionamiento del ser humano. Cuando una generación no quiere ser cómplice del rebajamiento moral de la sociedad que la cobija, está impelida a seguir el ejemplo de quienes se atrevieron a enarbolar una conducta consecuente para derribar el muro de intereses creados, levantado en su contra.

Principal artífice de lo que alguien denominó “el aislamiento fecundo”, Sarmiento fue el arquetipo del hombre de genio. Partidario de la institucionalización permanente como medio fundamental para civilizar al país, creía ciegamente en los grandes ideales del liberalismo. Profesa una rigidez moral sostenida por su temperamento indomable. Apesadumbrado por el atraso material y el estancamiento institucional que aquejaban a la patria, se propuso reformarlo todo.

Como todo hombre de genio, Sarmiento sólo concibió vivir acorde con sus principios, sin pretender brindar una imagen falsa y distorsionada de sí mismo. Buscó la verdad, a pesar de las zancadillas propinadas por los cómplices del chancleteo de baja estofa. Fuerte y decidido, miró con escozor a quien se vale de la maledicencia para escalar posiciones, a quien emplea la palabra artera para pulverizar nobles apellidos, a quien utiliza su poder para maniar conciencias.

Sus convicciones fueron tan firmes que un alud de presiones hubiese sido incapaz de torcer un milésimo su personalidad. Enérgico y emprendedor, nunca tuvo alma de servil. Sólo obedeció los

dictados de su conciencia, enceguecida por el resplandor del ideal de progreso que la guió. Recorrió el camino de la vida sin hesitar, sabedor del cúmulo de obstáculos que debió superar. No se limitó a proclamar a viva voz su idealismo, sino que lo practicó hasta las últimas consecuencias. Enarbolar un ideal sin ejecutarlo no hubiese armonizado con su personalidad.

Despreció los dobleces, los falsos apóstoles, los simuladores de la moral. Repudió el mal, la oblicuidad y la mentira. No transigió nunca movido por minúsculo interés. Se equivocó mil veces, como lo hacen quienes no pasan por la vida a escondidas. Creyó en la nobleza de su lucha, sin pactar con los dogmas anquilosantes que lo acosaban por doquier.

“La fe –enfaticaba José Ingenieros– es la fuerza del genio”. Sarmiento transformó su ideal de progreso en pasión incontrolable, en una fuerza vital que ningún enjambre de piaras enloquecidas fue capaz de apaciguar. De espíritu inquebrantable, no se arredró ante ninguna adversidad, no se detuvo ante ninguna piedra puesta maliciosamente por los inferiores de siempre. Recorrió con obstinación el sendero que lo condujo a la gloria, a pesar del sinnúmero de dificultades que tal recorrido le trajo aparejadas. No concibió desaliento alguno, sabedor que ante una mínima flaqueza los lobos intentarían devorarlo.

Su fuerza de voluntad fue indómita. Cuanto más escarpado fue el camino a transitar, mayor fue su perseverancia y su ánimo. Cuanto mayor fue la oposición de la mediocridad, mayor fue su ahínco en la consecución de su ideal de progreso. A diferencia del hombre sin personalidad –que se rinde en la primera escaramuza–, Sarmiento devoró sin piedad cada contratiempo, cada trampa, cada peligro, en permanente actitud de desafío ante la adversidad. Rebelde y trasgresor, no emprendió nada que no estuviera decidido a concluir. Plasmar en la realidad sus sueños constituyó su quimera que, al igual que la luz de un faro, guió su conducta durante toda su vida; y no hubo tormenta alguna capaz de apagarla.

Fue la antítesis del fanático. Éste, preso de sus miedos y de sus inseguridades, teme enfrentarse con el hombre de genio, cuya sola presencia haría resaltar con ferocidad su inferior condición humana. De ahí que el fanático intente aplastarlo por cualquier medio, para que la semilla de su ideal jamás vuelva a germinar. Sarmiento, en cambio, enseñó y predicó su ideal de progreso procurando que día a día aumentara el número de convencidos. Respetuoso del libre albedrío, utilizó su fuerza de convicción para resaltar las bondades morales de su idealismo. Acérrimo enemigo de la mordaza y la persecución, se mantuvo creyente y firme en su doctrina, sin importarle las consecuencias que tal postura le trajo aparejadas.

Hoy, la realidad que nos circunda es sinónimo de vulgaridad. El derecho transformado en mero instrumento al servicio de innobles apetencias políticas; feroces disputas en el ámbito gubernamental que no hacen más que poner en evidencia, una vez más, el delirio hegemónico que aqueja a sus actores; mezquinos intereses cobran mayor relevancia que cuestiones vitales para el país, como la educación, la salud y el empleo; la “*kakistocracia*”, en suma, enquistada en nuestro medio y dispuesta a no ceder posiciones.

Pero de pronto, casi mágicamente, alumbran ejemplos de hombres de genio que entusiasman a quienes no están dispuestos a sucumbir ante el avance frenético de los peores. Tal el caso de Domingo Faustino Sarmiento. Frente a tanta corrupción e impunidad, su temperamento idealista se agiganta cada segundo. Por eso no murió verdaderamente. Su estructura física desapareció por completo, pero perdura su personalidad embravecida. De ahí que afirmemos junto al poeta, que Sarmiento es un muerto que en el mundo vive, porque los hombres de genio nunca mueren. Sarmiento, el sanjuanino, habría comprendido hoy que ante el fenómeno de la “globalización” hay que prepararse, porque hay que adaptarse y, aún más, es bueno precaverse de los abusos de los poderosos.

Pero seguramente también habría comprendido la aseveración del sociólogo polaco Zygmunt Bauman, en el sentido de que negar la existencia y presencia de la globalización es tan necio como declarar una huelga general ante un eclipse de sol (sic).

V.

Para terminar, vale traer a colación al gran Jorge Luis Borges en:

SARMIENTO (*El Otro, El Mismo -1964-*). Dice así:

*“No lo abruma el mármol y la gloria.
Nuestra asidua retórica no lima
su áspera realidad. Las aclamadas
fechas de centenarios y de fastos
no hacen que este hombre solitario sea
menos que un hombre. No es un eco antiguo
que la cóncava fama multiplica
o, como éste o aquel, un blanco símbolo
que pueden manejar las dictaduras.
Es él. Es el testigo de la patria,
el que ve nuestra infamia y nuestra gloria,
la luz de mayo y el horror de Rosas
y el otro horror y los secretos días
del minucioso porvenir. Es alguien
que sigue odiando, amando y combatiendo.
Se que en aquellas albas de setiembre
que nadie olvidará y que nadie puede
contar, lo hemos sentido. Su obstinado
amor quiere salvarnos. Noche y día*

*camina entre los hombres, que le pagan
(porque no ha muerto) su jornal de injurias
o de veneraciones. Abstraído
en su larga visión como en un mágico
cristal que a un tiempo encierra las tres caras
del tiempo que es después, antes, ahora,
Sarmiento el soñador sigue soñándonos”.*

Nota: **Importante aclaración bibliográfica**

El autor ha acudido a las obras fundamentales sobre la vida y la obra del gran sanjuanino, “Maestro de América” y estadista ejemplar. Es imposible enumerar los libros, ensayos y demás estudios referidos al prócer, cuyo Bicentenario se celebra este año 2011. Cabe consignar, sin embargo, que el autor ha tomado en cuenta –también– a numerosas conferencias, artículos y notas que abordan aspectos puntuales de la fecunda y frondosa gesta sarmientina. Asimismo, el autor ha sido expositor en varias tribunas académicas, culturales y profesionales, destacando la dimensión humana y la producción arquitectónica del “hombre de Estado” y del educador nato que fue Sarmiento. Asimismo, rindió homenaje a Sarmiento en la H. Cámara de Diputados de la Nación; y en el aula magna del Colegio Nacional N° 2 “Domingo Faustino Sarmiento”, invitado a tal efecto en su carácter de ex-alumno del mismo.

Este trabajo, elaborado especialmente para esta ocasión, sintetiza una visión “en escorzo” de tan ricas fuentes y tan elocuentes datos. Autores argentinos y extranjeros se han ocupado de Sarmiento, ciudadano universal; y en especial hemos acudido a los aportes provenientes de Chile, Francia, EE.UU., y otros países

que cuentan con admiradores de Sarmiento. En cuanto a los biógrafos argentinos, hemos tenido particularmente en cuenta a las obras “*clásicas*” de Leopoldo Lugones; Manuel Gálvez (“*Vida de Sarmiento, el hombre de autoridad*”, Ed. Emecé, 1945); Ricardo Rojas (“*El Profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*”, Ed. Kraft, 1962); José Campobassi (“*Sarmiento y su época*”, Ed. Losada, 1975); Félix Luna (“*Domingo Faustino Sarmiento*”, Ed. del diario “La Nación”, Ed. Planeta, 2004); Floria y García Belsunce, (“*Historia de los Argentinos*”, Ed. Larousse, 1997); y varios trabajos de Horacio J. Sanguinetti, entre los que se destaca “Riesgo y pervivencia de Sarmiento”, publicado en el Boletín de Ciencias Económicas, N° 87, año 1989 .